

EN este momento, y en el intervalo de una de esas crisis de agudo dolor, ante las cuales me desesperaba mi impotente ignorancia, una idea abominable atravesó mi mente. En esa época no era yo muy creyente; como la mayoría de los hombres de mi clase, el espíritu de escepticismo emanado de Voltaire y de la Enciclopedia me habían contaminado. Comprendo hoy que sufrí entonces una de estas tentaciones como aquellas con que el eterno enemigo — el *antiquus hostis* del cual hablan los Santos Padres, — nos ataca en las horas decisivas de nuestra existencia. Había puesto las pistolas en una mesa al volver de mi inútil visita en casa de Couturier. Mientras me echaba de codos para apoyar en las manos mi cabeza — gesto natural de la desesperación — un codo mío tropezó con una de las culatas. Se estremeció todo mi cuerpo. Había olvidado que aquellas armas se hallaban allí y cargadas. Llegado á la extremidad de la desgracia, siempre hay un medio seguro de librarse de ella. Tenía á mi alcance la posibilidad de acallar esta queja de animal herido que dejaba oír mi pobre Enriqueta, y que denunciaba intolerables sufrimientos; también de apaciguar el lamento de mi corazón de enamorado y de francés — esta agonía de mi joven esposa en esta casa desconocida, á pocas leguas de la frontera, después de esta huida del hogar familiar no era más que un siniestro episodio del inmenso desastre público. Á pesar de todo, porque la naturaleza tiene estas energías que desafían los temores más justificados, á pesar de todo, un niño podía nacer ¿cual sería su suerte? ¿Á qué miseria estaba destinado? Con esa rapidez del razonamiento que en ciertos minutos y de una sola ojeada nos descubre el pasado y el por-

venir enteros, vi á este niño, si era un varón, crecer en el destierro, volver á su país cargado con el inútil peso de un gran nombre, sin fortuna para sostenerlo, extranjero en la Francia nacida de la Revolución, — un emigrado en el interior. Si era una hija, no menores serían las dificultades. ¿Que sería de ella? ¿Cómo criarla? ¿Dónde? ¿Qué boda haría? Tomé una de las pistolas, luego la otra... Una ligera presión en un gatillo y este niño no nacería y su madre dejaba de sufrir. Otra presión en el segundo gatillo, y el desgraciado hombre que había cometido la locura de casarse en pleno Terror, descansaba también para siempre. Dije en voz alta: « Sí, más vale así. » Una horrible voluntad se expresaba en este grito. Es preciso que esta confesión sea escrita y la trazo con remordimiento y horror. Esa hora ha sido verdadera. La he vivido. Durante esta noche del 24 al 25 de Diciembre de 1793, hubo un instante durante el cual fui asesino y suicida. Si. Había resuelto matar á mi mujer y con ella el fruto de nuestro matrimonio y matarme después; armé mis pistolas con esta intención, é inspeccioné la carga y la piedra. He aquí porqué, hijo mío, quiero que guardes siempre á tu lado este cuadro piadoso del cual se ha servido Dios para salvarme del más atroz, del más inexpiable de los crímenes...

Me levanté después de tomada la resolución, pues tomada estaba. Me había dicho: « Dentro de un cuarto de hora la cumpliré. La mataré y me mataré después. » Una tranquilidad, que no vacilo en calificar de diabólica, había sucedido en mí á la horrible agitación de antes. La enferma también atravesaba momentos menos agitados; había dejado de gemir. Agarré la misera vela que alumbraba esta escena de desesperación á fin de contemplar por última vez estas facciones tan queridas. Al acercarme á la cama, la luz dió en un cuadro colgado en la alcoba que había sido la del sacerdote mártir. Este lienzo era la « Natividad » que te lego. ¿Cómo explicar, sino por un favor de la Providencia, que no le hubiera prestado atención alguna hasta entonces y que de pronto mirase la pintura y que me impresionase tan profundamente? Ya te lo he dicho. No había guardado intacta la fe de mi juventud. Sin embargo, la había tenido y muy fer-

viente. Sin duda había percibido también, sin darme cuenta, otra influencia : La devoción de aquella que me disponía á asesinar por exceso de amor... ¿Á qué tratar de explicar una de estas vueltas íntimas del alma, tan misteriosas como irresistibles? Entre el tema tratado en este lienzo y la prueba que atravesaba en este mismo momento, había una analogía demasiado evidente para que no la sintiese : *Y María dió á luz su primogénito. Lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada.* Leí á media voz estas palabras escritas en el marco y me puse á pensar... El niño, cuya próxima venida arrancaba á mi mujer aquellos gemidos, era también primogénito. También nosotros, padres suyos, errábamos sin sitio en donde descansar, recogidos en un asilo de azar. Miré más de cerca el lienzo. El pintor había querido que al levantar los ojos José y María pudiesen conocer encima de la cuna de su hijo el instrumento de su futuro suplicio. La singular idea que le había impulsado á dibujar así una cruz en la pared, por la sombra proyectada por el bastidor, hubiera quizás interesado en otras circunstancias sólo mi curiosidad. Conmovido como estaba en las más ínfimas fibras de mi ser, este símbolo me reveló de repente su enseñanza con soberana fuerza... ¿Cuánto tiempo pasé de este modo contemplando ya al grupo de los padres, ya al Salvador dormido, ya la silueta de esta cruz, erguida junto al Niño Dios? No lo sé. ¿En mirarlos? No. En escuchar una voz escapada de una boca invisible que me decía : *¡Ecce homo!* He aquí el Hombre. Al lado de todos los nacimientos hay una amenaza, ya que junto á todos hay una certidumbre de muerte y que no venimos á este mundo con dolor sino para salir de él de igual modo. Esta amenaza, los padres la aceptan. Están arrodillados, rezando. Este Niño la acepta también; duerme. Unos y otros aceptan la vida con lo que encierra de desconocido y de temible para aquellos que la dan y para el que la recibe. Esta madre será crucificada en la carne de su hijo; lo sabe y no se subleva. El esposo también será crucificado en el corazón de su esposa; lo sabe y lo acepta. Este niño conocerá las torturas de la más cruel agonía; el sudor de sangre, el abandono de sus amigos, la traición y el beso de Judas; el ultraje de un pue-



... me entregué á una meditación... (pág. 154.)

blo, las bofetadas, los salivazos, los clavos en los pies y en las manos, la esponja de hiel, la lanzada. Su martirio está aquí anunciado en esta pared, por este juego de luz y de sombra que dibuja esta cruz. Lo sabe y no se rebela, ¿y tú?... ¡Ah, cobarde, cobarde!... » Al redactar estas frases á distancia de tantos años, les doy una precisión que ciertamente no tenían. Estoy, sin embargo, muy seguro de que expresan los pensamientos que se agitaron en mí mientras miraba al cuadro. Luego, vuelto al lado de la cama de mi mujer, me entregué á una meditación de la cual salí para decir á mi huésped bruscamente :

— ¿Dónde habita el señor Raillard? quiero ir por él.

— ¿Quiere usted ir por el señor Raillard? repitió la Bouveron espantada; ¡ay, señorito de mi alma, no haga usted eso! Morirémos los tres si se entera de que está usted aquí con la señora, y que yo los oculto...

— ¿Dónde vive? insistí. ¿No ve usted que mi mujer va á perecer si no viene un médico? Usted ha sido tan buena para nosotros, proseguí, que no quiero exponerla á un peligro... Diré que entré en su casa amenazándola y si me arresta, hallará usted aquí con qué recompensarla. Saqué de mi bolsillo una de las bolsitas en donde estaban cosidos mis diamantes. La buena mujer esbozó un gesto de denegación. En este mismo segundo, un grito más agudo de Henriqueta rasgó el aire.

— Le voy á indicar la casa del señor Raillard, dijo la pobre mujer. Le he prevenido á usted; si no vuelve, haré los que pueda por la señora. Es la noche de Navidad... Y mirando también hacia el cuadro añadió : La Buena Madre y el señor François nos protegerán...

## V

EL sencillo sacerdote provinciano, el párroco mártir de Morteau no había sospechado antaño, al comprar este *Nacimiento* de Cristo, á un su colega necesitado, como me enteré después, que suspendía en la pared de su cuarto una imagen piadosa destinada á asociarse á un drama moral como el que yo atravesaba, y capaz al mismo tiempo de dar fuerza á la humilde sirvienta que le había heredado. Por muy buen cristiano que haya yo llegado á ser después, no creo en esta acción directa de los muertos á la cual apelaba la devoción de este alma primitiva. El oírla expresar esta fe tan profunda, contribuyó, sin embargo, á reanimar mi espíritu. Falta me hacía para el paso que iba á dar. No me di cabal cuenta de la locura de mi temeridad sino en el instante en que fui introducido en el gabinete del temible partidario del que iba á implorar auxilio médico. ¿Pero era todavía médico, es decir, un compasivo curador de la miseria humana, aquel duro personaje que estaba allí en el silencio de la noche sentado delante de una mesa cargada de legajos? He aquí un detalle que supe después : los jacobinos habían organizado su policía secreta en un pequeño número de circunscripciones en las cuales presidían los más seguros de sus adeptos. Estos inquisidores desconocidos, que en su mayoría no ejercían ninguna función aparente, fueron los verdaderos dictadores en esos terribles años. Un Danton, un Saint Just, un Robespierre, se sometían á ellos. Desde su habitación de Morteau, Raillard tenía de este modo bajo su vigilancia á todo el Franco Condado. Acababa sin duda de recibir un documento que satisfacía su furioso odio contra los enemigos de la revolución, pues una salvaje alegría brillaba en su frente cuando se volvió

hacia mí para mirarme de hito en hito. ¿Por qué misterio una fisonomía como ésta, tan inteligente y tan fiera, se asociaba á aquella tarea de odio y de sangre? ¿Cómo estos ojos, de donde manaba un ardor entusiasta, consagrábanse, sin derramar lágrimas de remordimiento, á indagaciones de innoble espionaje? Mi intuición no me había engañado. Raillard no era un crapuloso como el inmundo Dantón, ni un envidioso como el siniestro Robespierre, ni un bribón repugnante como el abyecto Fouquier-Tinville; era de buena fe en su criminal aberración. Creía verdaderamente regenerar á Francia extirpando el elemento envenenado de la vida nacional. Hacer guillotinar á un aristócrata era para él una operación legítima igual á aquellas que había con tanta frecuencia ejecutado en su primera profesión: la amputación de un miembro gangrenado. Era su misión en este mundo, su pensamiento fijo, esta monstruosa mutilación del país. Veía en ello una regeneración. Me acogió en efecto como quien no tiene de sobra con todo su tiempo para ejercer una tarea de conciencia.

— Estoy ocupado, ciudadano, me dijo, muy ocupado. Trabajo por la patria. Si tienes algo que comunicarme que pueda servir á la nación, hazlo corriendo. Si no...

— Mi mujer se muere, le contesté simplemente, y el ciudadano Couturier está ausente. Me han mandado á su casa de usted...

— ¿Quién? replicó con voz dura. Esta llamada á su profesión le era odiosa. Y luego este « usted » que había yo empleado por costumbre... ¿Y tú mismo? prosiguió, ¿quién eres?

La mirada mía no se bajó ante la suya. Sin embargo, sus pupilas eran terribles de sostener. La perspicacia del hombre habituado al diagnóstico se adivinaba en ellas puesta al servicio del fanatismo más apasionado. Pero yo acababa de volver á ver mentalmente aquella escena de mi mujer, agonizando en aquel camastro dominado por el cuadro del « Nacimiento de Cristo », con su muda elocuencia, la Bouveron temblorosa á la sola idea de mi visita á la casa del verdugo. Carecer de sangre fría, era hacer traición á Enriqueta y á mi huésped. Saqué de mi bolsillo con la más absoluta calma el papelucho que me hacía suizo y recité mi historia. Raillard me escuchaba



— ¡Un varón! exclamó; Tiene usted un hermoso muchacho!  
(pág. 160).

envolviéndome, perforándome con sus formidables pupilas en cuyo azul brillante había la dureza del acero que corta. Cuando terminé me preguntó no menos bruscamente :

— ¿Has llegado á Morteau esta noche? Y ¿dónde has dormido ayer?

— Cerca de Besançon, contesté. No sé el nombre del sitio. Había llegado por la dirección opuesta.

— ¿Y antes?

— En Besançon.

— ¿En qué posada?

Al dirigirme todas estas preguntas, había puesto su mano en la mesa. Ya se habían despertado sus sospechas. Uno de los papeles esparcidos ante él contenía sin duda la indicación de nuestra partida y nuestras señas. La preñez avanzada de mi compañera, la señalaba demasiado. Yo no conocía nombre alguno de hotel en Besançon. Sin embargo, estaba perdido si me alteraba; contesté: « En el hotel del Correo ». ¡ Que alivio sentí cuando Raillard me contestó :

— ¿Y aquí, dónde has bajado?

Había pues, un hotel del Correo en Besançon, como supuse al azar. Animado por este éxito, me atreví á nombrar á la Bouveron, contando una novela mezclada de verdad. Que mi coche se había roto en cierto momento caminando; que me había subido en el carro de la señora Poirier; que ésta nos había dejado en casa de su hermanastra. Todo esto no era muy verosímil, pero otra cosa era más inverosímil aún : la audacia de mi voluntaria presencia en casa del jefe de la policía secreta de los jacobinos, si mentía. Raillard había arrugado el entrecejo y su semblante se había ensombrecido cuando nombré á mi huésped. Buscó una hoja entre centenares de otras que leyó en voz baja mirándome, á intervalos para comparar los detalles comunicados por su corresponsal. ¿Era una circular denunciando mi salida de Feury? Las reseñas estaban sin duda mal hechas y mi paso por Besançon contradecía las otras indicaciones. El instinto de defensa que se desarrolla en nuestra alma sin darnos cuenta, en las horas de peligro, me había hecho adivinar la celada tendida en esta pregunta tan

sencilla acerca de mi itinerario. Este mismo instinto me advirtió que el jacobino vacilaba. Una fuerte impresión lo decidiría en un sentido ó en otro.

— Averiguarás mañana todo lo que te he dicho, dije en el mismo tono que él, rudo y brutal, y empleando el tuteo cínico que había adoptado conmigo. Por lo pronto, acuérdate de que cada minuto de retraso puede costar la vida á una mujer... Y empecé á relatarle los síntomas que había observado con tanta más insistencia cuanto que desde las primeras palabras vi distintamente desesperarse al médico en él. No impunemente se ha ejercido una profesión durante toda la vida. Á medida de mis indicaciones, este oficio volvía, subía en él desde las profundidades de sus antiguas costumbres. Iba á establecerse una lucha entre el político sectario, que había llegado á ser, y el fisiólogo de antaño. Ahora me interrogaba acerca de la enferma, su edad, temperamento, costumbres, antecedentes, la fecha de nuestro matrimonio. Poco á poco, su fisonomía cambiaba de expresión. Se humanizaba y se distendía, cuando por fin me dijo : « Pues bien, vamos. En efecto, no hay tiempo que perder... » Había olvidado, si la había recibido, la nota que le anunciaba la desaparición del *ci-devant* duque de Fleury con su mujer embarazada de varios meses. Con frecuencia había yo observado esta especie de dualismo en los pocos revolucionarios que había visto de cerca. Había discernido en ellos reapariciones de su personalidad antes del 89. Pero nunca como en Raillard. Cuando media hora más tarde se sentó á la cabecera de mi mujer, para darse cuenta de su estado, el jacobino había desaparecido y no quedaba más que el facultativo. Parecía que había olvidado completamente en qué casa estaba y su papel en el arresto del párroco François. Se dirigía á la Bouveron para pedirle trapos, una vasija, agua caliente, como si hubiera sido ella una hermana de Caridad en una sala de cirugía. Ni siquiera reparaba que al alargarle los objetos, los dedos de la sirvienta del cura guillotinado temblaban de horror.

— Lo temo todo si la eclampsia se declara, me había dicho. Hay que provocar el parto. Hice bien en traer mi estuche de cirugía...

Serían las doce de la noche cuando me dijo esto y á la par introdujo con esa energía delicada, que caracteriza á los verdaderos médicos, una punta del pañuelo entre los dientes de la enferma « á fin de evitar » como dijo « que se mordiera la lengua ». ¡ Qué cena de Noche Buena, con el tazón de caldo que trajo en este momento para sostener nuestras fuerzas la pobre Bouveron al comadrón y á mí! Á las diez de la mañana todavía duraba la tarea. El cirujano me había ordenado que me estuviera en una habitación vecina para que mi emoción no repercutiese ni en él ni en la enferma. ¡ Dios mío! ¡ Qué noche pasé! Por fin, el último grito de mi pobre mujer seguido de un silencio, me indicó que se había realizado el último esfuerzo. Casi en seguida oí la voz de Raillard que me llamaba. Había dejado de tutearme desde que no era enfrente de mí más que un médico.

— ¡ Un varón! exclamó. ¡ Tiene usted un hermoso muchacho! ¡ Y qué vivo está el gazapillo!... Me has costado mucho trabajo, mocoso, pero serás un real mozo... Sus brazos ensangrentados me alargaban á mí primogénito y añadió, limpiando aquel pedazo de carne en donde palpitaba ya un hombre :

— Y la madre también vivirá para amamantarlo. Vivirá... respondo de ello... ¡ pero qué susto he pasado...!

Y este cortador de cabezas tenía una sonrisa de triunfo y de emoción al proclamar aquella victoria sobre la muerte. ¡ Oh, inexplicables contradicciones del corazón humano...

## VI

**R**AILLARD nos había dejado á eso de las doce del día después de dar las instrucciones necesarias, anunciando que volvería seguramente á la tarde con su colega Couturier. En cuanto hubo pasado la puerta, la Bouveron me suplicó de nuevo :

— ¡ Huya usted, señorito! ¡ Qué no lo vuelva á encontrar!... De ver sufrir á la señora tanto, se ha emocionado algo... Cuando la haya puesto buena, ya no conocerá nada. Cuidó en esta forma al señor François también en tiempos y luego ya sabe usted lo que ha hecho con él... ¡ Huya usted! De todos modos no podrá mandar á la señora á la cárcel en el estado en que se encuentra. Pero usted, ¿cómo quiere usted que le deje escapar cuando ha visto esto?... Y me señaló en los trapos que había yo tomado aprisa en la mochila, por más finos, una corona ducal bordada en el lienzo. En la precipitación de nuestra huida, Enriqueta y yo habíamos olvidado este detalle implacable en su revelación. Á esta simple frase de mi huésped se me heló la sangre. Una sola esperanza me quedaba. Había visto aparecer sucesivamente dos hombres muy diferentes en Raillard, según me había dirigido al demagogo ó al médico, y funcionar dos moralidades muy contradictorias. Había sin duda reparado en estas coronas maniobrando estas prendas, las cuales había rasgado él mismo. Sin embargo, había obrado como si nada notase. Era mi tabla de salvación que se considerase como obligado á no utilizar, para el servicio de su tarea política, un dato sorprendido en la de operador. En todo caso, que el jacobino se conformase ó no con este escrúpulo profesional, no podía yo abandonar á mi mujer y á mi niño de este modo. Hice pues callar á la Bouveron

y esperé á la cabecera de la parida la anunciada vuelta del terrible personaje. Me inspiraba sentimientos aun más contradictorios que su conducta. Había salvado á mi mujer de una muerte inminente, parteandola. Sin su intervención moría mi hijo en el seno de su madre, y este salvador era el más implacable enemigo de todas mis ideas. Había hecho matar á centenares de nobles como yo, de sacerdotes como el párroco François. Mañana quizás subiré al patíbulo por causa suya. Me inspiraba horror y, sin embargo, su abnegación de aquella noche me enternecía. El enigma de esta doble naturaleza me espantaba al mismo tiempo como una monstruosa deformidad. Muchas veces he pensado en ello desde entonces y me ha hecho detestar más aún á la Revolución, — á todas las revoluciones. He aquí su peor desgracia. De un burgués que hubiera sido, como Barnave, un buen abogado, como Bailly un buen académico, como Collot d'Herbois un buen actor quizás, como Luis David un buen pintor y como este Raillard un buen médico, hacen ellas criminales por extravío de orgullo. Libre de intentar la aplicación de sus utopías sobre la vida misma, sobre los demás hombres, pudieran servir, y destruyen. Brengando con mi mujer y mi hijo en los cuidados indicados por nuestro temible bienhechor durante la noche y la mañana, meditaba yo acerca de este problema; mi porvenir entero dependía de su solución. Entre la profesión y el fanatismo ¿cuál dominaría en esta naturaleza de aterradora ambigüedad? Agobiado por sombríos presentimientos no podía menos de volver á este cuadro religioso cuya composición sencilla y llena de simbolismo, me había devuelto el día antes el valor de ir derecho hacia el peligro. Este sacerdote, cuyo cuarto ocupábamos, había debido también contemplar este lienzo con la voluntad de absorber en él su espíritu entero. Obligábase yo á orar mentalmente delante de la cruz dibujada en esta pared por la sombra del bastidor, como si fuera la verdadera, y el niño dormido, el Salvador, y esperaba...

Hacia las cuatro, Raillard apareció acompañado por otro hombre, el doctor Couturier, que había vuelto de su expedición nocturna y en cuyas manos iba á entregar á la enferma. Me bastó un segundo para com-

prender que la Bouveron no se había equivocado. Raillard sabía quién era yo y ya el médico había cedido el paso al jacobino, no completamente todavía, sin embargo, ya que en vez de mandarme á sus esbirros venía en persona con su colega. No me dirigió la palabra; pero vi en sus ojos claros el siniestro reflejo acerado de nuestra primera entrevista. Couturier tenía una honrada fisonomía de practicante. Su habitual expresión debía ser la de una timidez bonachona. Visiblemente temblaba delante de Raillard. Había sido su competidor antes del 89. Desde entonces era su sustituto espantado, hasta que llegara á ser su víctima, pero de ningún modo su cómplice. Lo hubiera adivinado sólo en el saludo con el cual contestó al mío mientras que la altivez significativa del otro no dejaba duda alguna acerca de los sentimientos que yo le inspiraba. Decidido á seguir mi papel hasta el final, había tomado el partido de presentarme yo mismo. Al oír pronunciar las sílabas de mi supuesto nombre, Raillard esbozó un gesto que en seguida reprimió. Acababa de ver los ojos de la enferma fijos en él. El médico de nuevo había vencido al revolucionario. ¿Después de qué lucha interior iba á vencerlo otra vez? Los acontecimientos me permitieron medir su intensidad.

Me había retirado para permitir á esos caballeros una consulta que duró una hora larga. No me extrañó, cuando se abrió la puerta, ver al doctor Couturier solo.

— Raillard se ha marchado por la otra puerta, me dijo. Luego, en voz baja como si hubiera temido que le oyera el terrorista á través del espacio : « Señor, prosiguió, no quiero saber quién es usted, pero Raillard lo sabe. Si no le ha hecho arrestar hoy mismo es porque el deber de médico se lo impide... Por su insistencia en preguntarme si me parecía que la enferma podía soportar una gran emoción sin que le repitieran de nuevo accidentes nerviosos, quizás mortales, comprendí que tenía un escrúpulo ya que fué llamado junto á ella como médico, de causarle una sacudida moral que la mataría... ¡Ah es un hombre bien extraño y no es lo que se podía pensar por ciertas cosas!... Tan sólo hace cinco años, no había hecho más que buenas acciones en Morteau y hasta ahora ya ve usted, sólo por el recuerdo de su mujer

no ha inquietado á nadie aquí en esta casa que el antiguo sacerdote ha legado á su sirvienta.

— ¡Y ha hecho guillotinar al señor François!

— ¡Ah! ¿se lo han contado á usted?... Sí; es abominable, abominable, pero ha creído Raillard que era su deber. Está convencido de que se aseguraría el bien de la humanidad con ciertas ejecuciones... Pero no se trata de eso, se trata de usted... Mientras crea que su mujer está en peligro, no le hará nada... Pero ¿y después?...

Movió la cabeza con ademán siniestro.

— Gracias, señor, le contesté estrechándole la mano; comprendo que usted ha exagerado ciertos síntomas de la enferma para impresionar á Raillard... Á mí me dirá usted la verdad. ¿Está mi mujer verdaderamente en peligro?

— No lo creo, contestó. Contra lo que opina Raillard, estoy convencido de que el sistema nervioso está completamente intacto y que ya no hay que temer ningún accidente cerebral.

— ¿Cree usted que podría partir de aquí esta noche en una camilla? pregunté bruscamente.

— Sería bien peligroso, contestó después de un rato de reflexión... Sí, bien peligroso.

— ¿Es absolutamente imposible?, insistí.

— Imposible... no, dijo después de nuevo silencio. Huya usted mejor solo, añadió.

— ¡Dejarla en las manos de este hombre para que una vez curada le haga cortar el cuello! exclamé. ¡Jamás! ¿Sí ó no, lo considera usted como capaz de mandarla á la guillotina cuando no vea ya en ella una enferma, sobre todo, si me he escapado? Contesté usted...

— Sí, contestó el médico. Luego cómo asustado por su propia audacia, pretextó la necesidad de volver junto á la parida para hacer una cura antes de la noche. En cuanto á mí, ya había tomado mi resolución. Raillard me había dejado libre aún, seguro de que yo no huiría nunca solo. En esta certidumbre era probable que la vigilancia de la casa no fuese muy estrecha. En cuanto se marchó Courier obtuve de la Bouveron las señas de alguien con el cual pudiera absolutamente contar. Al caer la noche salí por una ventana situada en el espaldar de la casa que daba á estrecha callejuela, después de asegurarme de que no

había, para espiar las idas y venidas, más que un solo individuo sentado delante de una mesa en un despacho de bebidas, á unos pasos de la puerta. Á precio de oro obtuve del hombre á quien la Bouveron me había mandado, que uno de sus compañeros y él se hallasen en la callejuela en cuestión hacia media noche, con unas parihuelas. Desperté á mi mujer, á la que puse al corriente de mi proyecto diciéndole la verdad. Entonces, y esto me hace dar más precio aún á este cuadro de la Natividad, esta heroica criatura me pidió cinco minutos para hacer una suprema oración por si tenía que morir en esta huida, y la hizo vuelta hacia esta imagen de la Virgen y del Salvador. Miré por última vez á la calle; seguía la taberna alumbrada. El espía dormitaba con los brazos en la mesa y reposando la cabeza en ellos. Podía ser un sueño simulado... Me hallaba en esos momentos en los cuales se arriesga el todo por el todo. Las angarillas que nuestros cómplices se habían procurado en casa del sepulturero, — otro fiel á la memoria del párroco François, ¡pero qué símbolo! — fué introducida por la ventana. Colocamos en ella á la madre y al niño y la sacamos por el mismo camino. Estaba convenido que si encontrábamos una patrulla, los portadores dirían que iban con una enferma para el hospital. Yo debía reunirme con ellos en un camino donde la Bouveron me llevaría media hora más tarde. La villa no estaba rodeada de murallas y la evasión podía realizarse por un jardín abandonado por sus amos. Había noventa y nueve probabilidades contra una de que nos prendieran. Los médicos á quienes he contado desde entonces este trágico episodio, me han dicho que la muerte de una mujer, parida del día anterior, era, no probable, sino cierta en tales circunstancias. No menos verdad es que al otro día á las doce me hallaba con Enriqueta en una habitación de una aldea en la frontera suiza. Ella, acostada amamantando á su hijo y ambos vivos; bien vivos. Había permitido la Providencia que mi locura resultara cuerda.

VII

ACABO de mirar otra vez este cuadro de la Natividad, después de haber repasado en mi mente las espantosas horas de esta Noche Buena de 1793, y he rezado ante él una oración por las almas de los que pagaron con la vida su caridad con nosotros. Primero, el doctor Couturier, luego la Bouveron, la señora Poirier, por último, Juan Nadaud y Luis Fauverteix, los portadores de las parihuelas. ¡Hijos míos, que sus nombres sean para vosotros por siempre venerados! Sobre ellos cayó la cólera de Raillard cuando supo que su presa se le había escapado. La implacable saña con que hizo encarcelar, juzgar y ejecutar hasta á su propio colega de hospital, hasta á la hermana de leche de su mujer, es un testimonio de que aquella conciencia desviada pretendió expiar de este modo su debilidad de un momento, que á sus ojos había llegado á ser un crimen de lesa Nación. No se había perdonado el no haberme hecho arrestar en cuanto me descubrió. Acabo también de rogar por él á fin de que le sean perdonados sus crímenes á causa de esta debilidad, y también, después de todo, de su sinceridad. Lo hubiera mandado ciertamente al patíbulo, como se hizo justamente después de la caída de Robespierre; pero lo hubiera condenado sin menospreciarlo. No lo menosprecio tampoco hoy; le tengo lástima. Ciertamente que soy el único en el mundo que abraza este sentimiento respecto de él. Este hombre, de tan buena fe sin embargo, ha dejado en Morteau y en toda la comarca de Doubs, un recuerdo execrado. Cuando volví á esta pequeña ciudad, terminada la emigración, su nombre no era pronunciado, como cuando vivía, sino con terror. Había yo emprendido este viaje para hallar las trazas de

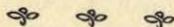


... de este lienzo, el cual había heredado. (pág. 168.)

mis salvadores. Me enteré de sus suplicios. He sido recompensado de esta peregrinación por el descubrimiento, en casa del hijo de la señora Poirier, de este lienzo, el cual había heredado. Este pobre campesino me cedió esta reliquia que siempre conservé conmigo desde entonces. Quiero que no te separes tampoco nunca de ella, hijo mío. Las copias que he mandado hacer están destinadas á quedarse siempre con mis otros hijos. Te repito, y á ellos también, que sin esta pintura hubiera sido asesino y suicida. Que recibáis todos de ella la misma lección de fe en la Providencia y de resignación cristiana que me dió á mí en una hora terrible.

Septiembre, 1907.

## LOS PRIMOS DE ADOLFO



ENTRE las cenas periódicas que reunían en París, en un gabinete de restaurant, artistas, escritores, compatriotas de una misma provincia, compañeros de colegio, de escuela, de estudio, antiguos colegas de ministerio, ¿qué sé yo? ninguna ha pasado más inadvertida que la que se intitulaba enigmáticamente: *los Primos de Adolfo*. Fué fundada, hace unos años, por media docena de fanáticos de la célebre novela de Benjamín Constant. Era la época en que Mauricio Barrès acababa de publicar « *Un hombre libre* » y esta *Meditación espiritual* sobre el amante de Madama Recamier que empieza por: « Me agrada que busque con frenesí la soledad donde ya no podrá contenerse... Me placen las sacudidas de su existencia que fué guiada por la generosidad y el escepticismo, por la exaltación y el cálculo « y lo que sigue hasta la *Oración*. « Así, Benjamín Constant, como Simón y yo, no pedías á la existencia más que ser perpetuamente nueva y agitada... » Estas páginas sutiles y apasionadas dieron á seis ó siete jóvenes la idea de una reunión bimensual, bajo la invocación de la obra maestra de este hombre superior, pero incoherente, al cual hubieron con gusto dicho, como el *Hombre libre*: « Te saludo con un amor sin igual, gran santo, uno de los más ilustres de aquellos que por el orgullo de su verdadero *yo* que no llegan á desembarazar, magullan, manchan lo que tienen de común con los demás hombres y reniegan de ello...! » Estos jóvenes se dieron el nombre de « *Primos*